

PAÑAL
CASTIGO
ERÓTICA

castigándola
CON PAÑAL



rosy cheeks

CASTIGÁNDOLA CON PAÑAL

PAÑAL CASTIGO ERÓTICA

NIÑAS CASTIGADAS CON PAÑALES



ROSY CHEEKS

ÍNDICE

Le puso pañales la mujer mayor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

La vecina le pone pañales

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Le pone pañales su jefe

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

LE PUSO PAÑALES LA MUJER MAYOR



CAPÍTULO 1



Cuando los padres de Alice entraron por la puerta principal y se despidieron con la mano, diciéndole que la verían en una semana, su corazón se aceleró. Por primera vez en su vida confiaban en ella para quedarse sola y vigilar la casa. Claro, tenía diecinueve años y probablemente ya había pasado la edad de aceptación, pero Alice hizo una pequeña giga en respuesta.

Durante sus años de juventud había sido un poco fiestera. A veces se volvía loca, organizaba fiestas e invitaba a sus amigos a casa sin la aprobación de sus padres. Eso había terminado durante su último año de escuela secundaria y durante su primer año de universidad había madurado mucho. O al menos eso pensaban sus padres, ¡y a ella le parecía muy bien!

Alice saltó por la casa, haciendo todo el ruido posible. Gritaba, cantaba, se paraba sobre la mesa de la cocina sin otra razón que nadie podía decirle que no lo hiciera. Alice, que por fin podía disfrutar de su tiempo a solas, rompió todas las reglas que pudo. Incluso saltó sobre la cama de sus padres, haciendo una nota mental para arreglar las sábanas que había estropeado más tarde.

Pero después de esa primera hora de libertad, Alice se aburrió. Esencialmente tenía todas las mismas cosas que había tenido antes, pero esta vez sus padres no estaban cerca. No había nada realmente excitante en estar sola en casa, excepto que podía hacer cosas al aire libre que normalmente haría en privado.

Y fue entonces cuando se le ocurrió la idea.

Alice había disfrutado de la universidad. Había aprendido muchas cosas nuevas, tanto sobre la vida como sobre la educación. Pero también había abierto su mente a otras cosas, cosas que había oído susurrar a las chicas en los pasillos.

Sus padres le habían comprado un portátil como regalo de graduación. Alice pasó muchas noches en su dormitorio con los auriculares puestos y buscando porno. Al fin y al cabo, todas sus amigas lo hacían. Hablaban de vibradores y orgasmos como si fuera algo común. Alice nunca había recibido una educación sexual formal, así que su primer año lo pasó aprendiendo por su cuenta.

Se las arregló para tropezar con un sitio de blogs que le permitía echar un vistazo a varias etiquetas y búsquedas relacionadas con el sexo. A veces había cosas que la asustaban, pero en la mayoría de los casos, a Alice le gustaba todo lo que veía. La idea de que el sexo pudiera ser tan divertido, versátil y salvaje la divertía.

Pero se topó con una pequeña sub-sección del kink llamada bebé adulto, amante de los pañales y se encontró enamorada de este estilo de vida. Al principio estaba un poco confusa, y no quería que le gustara la idea de llevar un pañal, pero a medida que pasaban los meses y leía más

y veía más vídeos, empezó a interesarse. Quería ser la niña de alguien. Quería que le pusieran pañales y la quisieran, como a todos los bebés buenos que veía en Internet.

Alice empezó comprando sus propios pañales. Se paseaba por su habitación con ellos puestos, cuidadosamente escondidos bajo un pantalón de chándal o un vestido, sólo para probarlos. Eran suaves y calentitos, pero se limitaba a usarlos. Cuando terminaba, se aseguraba de tirarlos y luego vaciaba toda la papelera de su habitación. Tenía que ser la novata más aseada de la universidad.

Era su pequeño y sucio secreto, pero ahora podía vivirlo durante toda una semana. Alice fue a su habitación y encontró su maleta, llena de cosas que le parecían interesantes pero que nunca había experimentado con otra persona.

Estaba a punto de vivir la semana de su vida.

CAPÍTULO 2



Samantha era amiga de la familia. Vivía en la misma calle que Alice y la había visto crecer. Sus hijos tenían más o menos la misma edad, vivían su vida e iban a la universidad. Su marido trabajaba mucho y tenían un matrimonio muy abierto. Él disfrutaba de las mujeres cuando estaba en el extranjero, y ella también.

Los padres de Alice le habían confiado semanas antes que esperaban que ella pudiera vigilar a la joven. Alice había vuelto de la universidad, pero no era ni mucho menos lo bastante madura como para quedarse completamente sola en casa. Así que le pidieron que se pasara una o dos veces al día, si podía.

Más que capaz de ayudar a una amiga necesitada, Samantha aceptó. También quería ver cómo le iba a Alice. Había visto a la chica convertirse en una mujer y se había excitado sexualmente cuando cumplió los dieciocho, pero no hizo nada por ella. Era respetuosa y, francamente, Alice se había ido a la universidad, dejándola sola en sus propios pensamientos sexuales hacia la chica más joven.

Esperaba que el regreso de Alice pudiera dar lugar a una aventura de verano, ya que su marido estaba en el extranjero por negocios durante las próximas tres semanas, pero su esperanza era efímera. Samantha no confiaba mucho en la joven, pues sabía que las universitarias como ella solían encontrar algún chico de su edad con el que tontear. Aun así, tenía una pequeña esperanza.

Samantha esperó hasta la hora de la cena para ir a ver a Alice. Pensó en invitar a la joven a cenar, o quizás invitarla ella misma. Si salía algo, estupendo. Si no, al menos sabría que Alice estaba a salvo y que seguía estando bien sola en aquella gran casa.

Cuando se acercó a la entrada de la casa de Alice, pudo oír música a todo volumen, algo que había sucedido en múltiples ocasiones cuando Alice aún vivía en casa a tiempo completo. Samantha sacudió la cabeza con una sonrisa en la cara. La simpática Alice que le resultaba molesta de niña seguía siéndolo de adulta.

No obstante, llamó a la puerta principal y tocó el timbre, esperando que la oyeran por encima del ruido. Pero al cabo de un minuto sin que nadie llamara, Samantha se vio obligada a meter la mano en el bolsillo y coger la llave que le habían dado los padres de Alice.

No quería usarla si podía evitarlo, pero Alice simplemente no podía oírla. Así que la metió en la cerradura, abrió la puerta principal y entró.

La música venía del piso de arriba, pero Samantha se asomó primero a la cocina y al salón. Llamó tímidamente a Alice, pero no obtuvo respuesta. Simplemente tendría que explicarle a Alice por qué había entrado y por qué estaba allí.

Subió las escaleras y siguió el sonido hasta la habitación de Alice. La puerta estaba abierta de par en par y la niña que había llegado a conocer y admirar bailaba por la habitación.

Tenía los pechos al aire y el pelo suelto, pero por alguna razón llevaba un pañal blanco y mullido. Samantha empujó un poco más la puerta y pudo ver que sobre la cama había un chupete y un babero.

Pero Alice estaba tan absorta en su música y su baile que no oyó a Samantha. Siguió contoneándose con ese pañal tan mono durante un buen minuto antes de darse la vuelta y encontrarse cara a cara con la vecina. Se detuvo inmediatamente y se quedó boquiabierta.

"¡Hola, Alice!" Samantha tuvo que gritar por encima de la música. "¿Te importaría bajar el volumen?"

CAPÍTULO 3



La vergüenza inundó el rostro de Alice mientras cruzaba la habitación hacia su teléfono y bajaba el volumen. Sin pensarlo, cogió el babero para cubrirse el pecho, esperando que ocultara algo de su cuerpo. Pero sabía lo que debía parecerle a Samantha, la mujer mayor que conocía de toda la vida.

Alice se dio la vuelta, con las mejillas rojas de humillación. "Puedo explicarlo", empezó a decir.

Samantha levantó la mano para interrumpirla, no quería oír ninguna explicación de la chica. De hecho, estaba mucho más excitada que en toda su vida. "¿Puedo preguntar por qué tenías la música tan alta? La oía fuera de casa. Llamé a la puerta y toqué el timbre, pero no me oíste. Tuve que usar la llave que me dieron tus padres para entrar y llamar tu atención".

Alice frunció el ceño y se concentró en el hecho de que sus padres le habían dado una llave a Samantha. "¿Qué? ¿Por qué harían eso?" Preguntó. ¿No confiaban en ella? No habían dicho nada de darle a la vecina una llave de la casa.

"Tus padres me pidieron que te visitara un par de veces al día para asegurarse de que estabas bien. Saben que eres lo bastante madura como para quedarte sola en casa, pero querían más seguridad". Samantha cruzó los brazos. "Parece que no eres lo bastante madura para quedarte en casa. Aquí eres incapaz de oír a alguien llamar a la puerta y vas vestida como una niña".

Ella no respondió a eso. "No puedo creer que mis padres no confíen en mí", se burló Alice. "No he sido más que una buena niña".

Samantha chasqueó la lengua, recordando varias ocasiones en que los padres de Alice le habían dicho lo contrario. "Se preocupan por ti, Alice, eso es todo. No me han pedido que te haga de niñera, aunque parece que lo necesitas", miró el pañal.

Al fin recobrando el sentido y dándose cuenta de lo que Samantha estaba hablando, Alice fulminó a la mujer mayor con la mirada. "No necesito una niñera, Samantha. Soy adulta".

Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios mientras levantaba una ceja e interrogaba a la joven. "¿De verdad? ¿Una adulta?" Hizo una pausa: "Tu atuendo dice lo contrario".

Alice resopló y tiró el babero que llevaba delante para taparse los pechos. "Estoy perfectamente bien cuidando de mí misma. No te necesito".

"Eso mismo decían mis hijos cuando eran bebés. Cuando no les daba lo que querían", Samantha se encogió de hombros. "Pero cambié su actitud muy rápido y puedo cambiar la tuya también, señorita. No me pongas a prueba".

Sus fosas nasales se encendieron y cruzó los brazos sobre el pecho. Alice no se dejaría intimidar por esta mujer mayor sólo porque estuviera vestida como un bebé. Era una adulta, ¡maldita sea! Y Samantha no lo entendía. No era posible. "Es mi casa. Me gustaría que te

fueras".

Samantha dejó caer los brazos a los costados. "No, no creo que lo haga. De hecho, creo que la niña necesita unos azotes por esa actitud tan malcriada que tiene".

Alice puso los ojos en blanco. "¿Sí? Pues no creo que a mis padres les gustara que hicieras eso".

"Creí que eras adulta, Alice", se burló Samantha. "Puedes cuidar de ti misma, creo que dijiste. Si es así, puedes aguantar unos azotes por ser la señorita mocosa".

Samantha comenzó a caminar hacia ella y el miedo surgió en el corazón de Alice. Esto era inesperado.

CAPÍTULO 4



Samantha had always dreamed about putting Alice over her knee and disciplining the sweet little girl for her wrongdoings. How delightful was it that her wish was finally coming true! She grabbed at Alice's wrist and pulled her towards the bed, helping the girl topple over her lap.

Alice adjusted herself so her body was on the bed while her feet dangled over the other side of Samantha's lap. Her heart was pounding in her chest and she couldn't believe her circumstances. "You can't do this." But her voice sounded weak and unsure, the words punctuated with uncertainty.

Samantha ran her hand over the diaper the girl wore, feeling its puffiness and warmth. "Why, I think I can, little missy. And I think I will." With no further ado, she raised her hand and then brought it down sharply on the girl's diapered bottom.

Despite the thickness of the diaper, it did not shield her bottom from the effect of Samantha's spank. It lessened the sting, but still got a rise out of her. Alice "ouched" and shifted, looking back at the matriarch to see what she was thinking. "Samantha," she tried to say, but was cut off by an additional spank.

"This diaper is really softening the blows," she exclaimed. Samantha still spanked the young girl over it though, alternating from cheek to cheek as best as she could. "Did your parents ever spank you as a child?"

Alice felt a warmth in her bottom and shifted uncomfortably on Samantha's lap with each swat that landed. It wasn't full force, but it was still making her sore. "No," Alice grunted, "they never spanked me."

She felt a weird sensation in her nether regions as Samantha continued the spanking. Alice had experimented with some vibrators after hearing about them from her friends and they'd made her super wet. This was the first time a person had caused her to have the same feelings and wetness. The dampness between her thighs was notable and suddenly Alice was thankful for the diaper, for it hid her obvious enjoyment at the scenario she was in.

"Oh look, you have a hairbrush!" Samantha said excitedly when she looked around and found it sitting on the bedside table. "This ought to help."

Alice had watched enough spanking videos in her day to know that this was not going to be pleasant. She cringed when she felt the first crisp swat of the brush, coming down on her poor, tenderized little bottom. "Ah!" She yelled. "That hurts more!"

"Good!" Samantha brought it down again, "We're going to redden your bottom through that diaper, young lady. It's high time you received a good dose of discipline."

The wetness between her thighs increased and she grinded against Samantha's lap for two

reasons. One, because she needed friction, her pussy was throbbing with desire. Two, to avoid the onslaught of spansks, which were indeed reddening her poor little rear.

Samantha enjoyed the feeling of the girl grinding against her, recognizing it for what it was: arousal. She didn't bring down the hairbrush with full force, just enough to cause greater sting. She wanted the girl to be sufficiently punished. Not necessarily in tears, but definitely begging for relief.

This was turning out to be a much more enjoyable visit than she'd planned! Imagine if she'd just come over and Alice had answered the door in her usual attire, told her everything was okay, and then closed the door. Samantha would never have had the chance to roast the sweet, sexy little girl's bottom.

If Alice was good, Samantha would end this little spanking by bringing her to orgasm. But only if Alice was good...

CAPÍTULO 5



Después de tres minutos, Alice empezaba a sentir los efectos del cepillo. Era más denso que la mano de Samantha y por lo tanto tenía más peso detrás de cada azote. Su trasero estaba protegido, pero cada nuevo azote le dolía más que el anterior. Al principio fraccionadamente, pero ahora sentía un calor creciente en el trasero. Se resistió más, pateando las piernas y gimiendo más que cuando empezaron los azotes.

"Samantha, por favor", gimoteó. "¿Cuándo va a terminar?"

Una sonrisa se dibujó en los labios de Samantha. Este era el comienzo de lo que esperaba. Siguió utilizando el cepillo para el pelo, asegurándose de cubrir cada centímetro del trasero de la chica. "Se acabará cuando yo diga que se acabe, chiquilla. Te has portado mal, así que serás castigada por ello".

Alice no podía determinar qué travesura había percibido Samantha, pero estaba chorreando de excitación y francamente, no le importaba. Sólo estaba contenta de que este desafortunado evento le estuviera sucediendo a ella, aunque nunca lo admitiría.

Siguió luchando contra la avalancha de azotes, contoneándose hasta que recibió un azote especialmente fuerte de su torturadora.

"Deja de moverte", le advirtió Samantha cuando hubo bajado el cepillo. "Si no, te daré unos azotes en los muslos, donde el pañal no protege la piel".

Era una amenaza, pero una amenaza que funcionó. Alice dejó que llovieran los azotes y mantuvo su contoneo al mínimo, pero eso no detuvo los gemidos ni los quejidos que ahora se producían. "¡Por favor, Samantha, mi trasero no aguanta más!"

Pero Samantha estaba segura de que podía, así que no dejó que la pobre chica se escapara tan fácilmente.

Alice nunca había sido azotada, pero había visto videos mucho peores que este. Chicas que habían sido azotadas y cambiadas. Sus nalgas estaban de un rojo oscuro, a veces magulladas, después de los azotes. Esas chicas lloraban a moco tendido y aceptaban su castigo. Alice sabía que se estaba librando a la ligera, pero seguía luchando contra los agujonazos. "Samantha, ¡prometo ser una buena niña! Haré todo lo que me digas. Mantendré la música baja. Lo prometo". Empezó a gemir aún más fuerte.

Pero Samantha esperó a ver qué más ofrecía la dulce niña. Dejó que el silencio flotara en el aire, interrumpido cada pocos segundos por otro golpe con el cepillo.

Al ver que no podía suplicar para librarse de los azotes tan rápidamente, gimió y maldijo en voz baja. "Te lo prometo, Samantha. Haré lo que me digas. Haré lo que quieras. Seré la mejor niña".

Eso era música para sus oídos. Samantha aumentó la potencia del cepillo y descargó cuatro

bofetadas enérgicas sobre el culito en pañales de su nuevo juguete. Alice aulló de dolor.

"Buena chica", dijo Samantha tranquilizándola mientras dejaba el cepillo a su lado en la cama. Eso podría ser útil más tarde. "Ahora levántate y ve a poner tu nariz en la esquina, ¿de acuerdo?" Ayudó a la niña a bajar de su regazo.

La cara de Alice estaba roja, pero se apresuró a seguir las órdenes. Corrió hacia la esquina y empezó a mirar el color crema con creciente excitación. Había tenido fantasías antes, pero nunca supo que existía la posibilidad de que se hicieran realidad. Esto era todo lo que siempre había deseado y más.

Y estaba deseando ver lo que vendría después.

CAPÍTULO 6



Los ojos de Samantha se quedaron fijos en el pañal blanco que llevaba su traviesa protegida. Podía ver un poco de rosa asomando por la parte inferior, pero en su mayor parte, los azotes habían sido contenidos. Pero sobre todo, Samantha pensaba en lo afortunada que era.

Cuando vino a preguntarle a Alice por la cena, no esperaba encontrarse con una joven dispuesta y núbil, tan dispuesta a dejarse llevar. Era un cambio refrescante. La chica había sido muy desafiante y testaruda durante toda su juventud, así que fue un agradable cambio de ritmo encontrarla dispuesta a servir y seguir órdenes.

Dejó que Alice se quedara en un rincón durante diez minutos, observándola y mirándola fijamente. Se preguntaba hasta dónde la dejaría llegar la chica, hasta dónde querría llegar. Todo esto era nuevo para ella, pero a Samantha no le importaba ver a Alice llevando un pañal y pareciendo una niña pequeña que necesitaba una figura materna. De hecho, ella podía ser exactamente eso.

"Ven aquí, Alice", ordenó después de determinar que no podía esperar más.

Alice se dio la vuelta, con cara de penitencia mientras miraba al suelo y se dirigía hacia la mujer mayor. "¿Sí?" Dijo, aunque sonó más como una pregunta.

"¿Crees que soy atractiva, Alice?"

Alice miró a Samantha, contemplando la voluptuosa figura de la mujer, y asintió. "Creo que eres hermosa, Samantha". Se mordió el labio y luego hizo una confesión aún más íntima. "Cada año que te veía en bañador, tenía unas sensaciones que no tenían sentido para mí. Pero creo que tu cuerpo me excitaba".

Samantha podía oler la excitación que emanaba de la chica. Era joven, tal vez incluso virgen, pero Alice estaba en la agonía de la lujuria y el deseo. Samantha estiró la mano para agarrar la de la chica y se puso de pie.

Estaba diez centímetros por encima de la joven. Los pechos de Alice eran pequeños, pero un buen puñado. Su trasero estaba oculto por el pañal, pero eso no importaba. Samantha sabía que la joven tenía un cuerpo maravilloso, liso y perfecto, tenso, pero ondulado en todos los lugares correctos.

"Yo también creo que eres hermosa, Alice. Y quiero compensarte por lo que acabo de hacer". Samantha agarró las caderas de la chica y la giró hasta que la espalda de Alice quedó frente a la cama. "Creo que eres una chica traviesa, pero esos azotes te absolverán de tus pecados. Ahora quiero compensarte. Quiero que te sientas bien".

El coño de Alice parecía tener pulso, le dolía tanto de lujuria. Miró a Samantha y sólo pudo asentir con la cabeza, no podía formular palabras para lo que sentía. No sabía lo que Samantha

iba a hacer, pero no le importaba. Ella lo quería. "De acuerdo", dijo en voz baja, el único ofrecimiento que podía hacerle a la mujer mayor.

"Entonces tumbate", ordenó Samantha, inclinándose hacia delante para darle un casto beso en la frente. "Súbete a la cama, acércate al centro y tumbate. Deja que yo me ocupe del resto".

La orden llenó a Alice de deseo. Tardó en responder, pero sólo porque el mundo a su alrededor parecía moverse a cámara lenta. Se sentó y retrocedió hasta quedar en medio de la cama, luego se recostó. En ningún momento dejó de mirar a Samantha. Alice estaba lista para la experiencia de su vida.

CAPÍTULO 7



Estendida así ante ella, Samantha estaba aún más hambrienta del cuerpo núbil de la chica. Podía ver cada curva y quería recorrerla con la lengua, pero sabía que tenía que empezar por quitarle el pañal.

Samantha se arrodilló en el borde de la cama y agarró el pañal por la cintura. "Qué mono. Te hace parecer aún más joven y traviesa de lo que sé que eres. Me dan ganas de cuidarte". Enganchó los dedos en la cintura y empezó a quitarle el pañal.

Alice movió el trasero lo suficiente para ayudar a la mujer mayor a quitar el pañal, dejando que la suave tela resbalara contra sus piernas antes de que Samantha lo tirara junto a ellas en la cama.

"Así que eso es lo que voy a hacer", empezó de nuevo. "Voy a ocuparme de tus necesidades, de tus dolores. Pero vas a mirar el pañal mientras lo hago", sonrió Samantha. "Quiero que te imagines siendo mi niña. Yo cuidándote, azotándote cuando lo necesites, haciéndote escribir líneas cuando te portes mal".

Samantha se hundió y deslizó los dedos en el empapado coño de su amante. "Ya estás mojada para mí", sonrió. "Supongo que te excita la idea de que te use, de que te ame".

Alice se estremeció cuando sintió que la boca de la mujer mayor dejaba abruptamente de hablar y se dirigía a su clítoris. Casi se estremece de lo maravillosa que era la sensación. Samantha chupó suavemente el pequeño nódulo y pasó la lengua por él, lamiéndole el clítoris mientras le follaba el coño con los dedos.

Esto no se parecía a nada que Alice hubiera experimentado antes. Había usado vibradores, pero nunca había sentido este tipo de conexión. Samantha la lamió y chupó, le metió los dedos y la folló hasta que apenas pudo mantener los ojos abiertos. No podía mirar el pañal e imaginarse siendo atendida por Samantha porque estaba tan cerca de alcanzar su primer orgasmo con otra persona.

Agarró el edredón de la cama y apretó las manos. Podía sentir que llegaba a su propio clímax y la respiración se le entrecortaba en el pecho. Alice se sentía como en una montaña rusa, llegando a la cima del pico más alto. Y entonces, como suelen hacer las montañas rusas, cayó.

Alice apretó la cara contra la boca de Samantha tan fuerte como pudo mientras se corría, mordiéndose el labio para no gritar, pero gimiendo de placer contenido.

Samantha siguió haciendo lo que estaba haciendo hasta que el cuerpo de la chica dejó de dar espasmos. Entonces retiró lentamente los dedos y le dio una última lamida en el coño.

Cogió el pañal y se lo volvió a poner lentamente a Alice, que estaba prácticamente dormida de lo agotada que estaba. Samantha se aseguró de que estaba en su sitio antes de tumbarse en la cama junto a Alice, con una sonrisa en los labios.

"Qué niña tan dulce", depositó un beso en el hombro desnudo de Alice. "Estoy deseando ver de qué otras maneras puedo cuidarte antes de que acabe la noche".
Alice se estremeció de deseo. Qué extraño giro del destino.

LA VECINA LE PONE PAÑALES



CAPÍTULO 8



Julia podía sentir los latidos en su cabeza incluso antes de despertar al mundo. Podía sentir cómo se alejaban de ella los bordes del sueño, cómo los sueños se desvanecían lentamente en la nada. Fue entonces cuando comenzó el tormento. Si hubiera sabido lo que le depararía el día, se habría quedado en la cama.

En lugar de eso, se despertó sobresaltada. El incorregible sonido de su timbre sonando una y otra vez empeoró el dolor de cabeza que se le estaba formando. Julia sintió que los ojos se le salían de las órbitas, los abrió lentamente y maldijo a quienquiera que estuviera abajo. "Vete de una vez", gimió.

"¡Julia!" De repente la persona estaba gritando y ahora golpeaba la puerta principal. "Julia soy yo, tu vecina, Rosalyn. Por favor, ven a la puerta!"

Lo último que Julia quería era salir de la cama y dirigirse escaleras abajo, pero estaba segura de que no tenía otra opción. Después de tres minutos de escuchar a Rosalyn aporrear la puerta, Julia supo que su vecina no se iba a marchar pronto. Se giró hacia un lado de la cama y observó con leve desdén que la noche anterior había tenido un accidente. Se le escapó un gemido mientras se sacudía la humedad con el edredón. Habría que lavarlo de todos modos, así que ¿qué más le daba limpiarse con él? La mancha húmeda de la cama sería más difícil de tratar, ya que probablemente se había filtrado hasta el colchón, pero Julia decidió que ya se ocuparía de eso más tarde. Ahora tenía que impedir que Rosalyn siguiera arruinándole la mañana llamando a la puerta.

Julia bajó las escaleras con una manta enrollada al azar alrededor de la cintura. La noche anterior se había quedado dormida con una camiseta demasiado grande y nada en la parte inferior, pero así no podía abrir la puerta.

Con sus padres fuera durante un largo fin de semana de cuatro días, Julia había hecho exactamente lo que le habían dicho que no hiciera: montar una fiesta. Entre chupitos de tequila y cervezas, se había emborrachado como nunca. Recordaba vagamente haber echado a todo el mundo a altas horas de la madrugada y haberse preparado para dormir el resto del día. Ahora estaba cosechando los desafortunados efectos secundarios de una resaca y el vergonzoso hecho de haber mojado la cama en algún momento. Afortunadamente, se trataba de efectos secundarios temporales que desaparecerían en cuanto se deshiciera de Rosalyn. Con tiempo, por supuesto, y mucha agua. Y tal vez algunas tostadas.

"JULIA, SÉ QUE ESTÁS AHÍ." Rosalyn era una vecina respetada y de confianza que había criado a sus hijos junto a Julia. Los padres de Julia habían acudido a ella unos días antes y le habían dicho

que estarían fuera de la ciudad y le habían preguntado si estaría interesada en cuidar de su hija. O, al menos, pasar a verla. Julia tenía dieciocho años, pero seguía siendo inmadura, dijeron con cara de vergüenza. Querían asegurarse de que la niña tonta no incendiara la casa o algo peor.

Rosalyn se había asomado a la ventana la noche anterior y había sido testigo directo de lo "peor" que preocupaba a los padres de Julia. Los coches se alineaban en la manzana y la música llenaba el ambiente. A Rosalyn le sorprendió que nadie llamara a la policía. Había considerado hacerlo ella misma, pero pensó que podría ser una violación de la confianza de su amiga y decidió ocuparse del asunto por la mañana. Se levantaría temprano e iría a ver si Julia estaba bien.

Pero con la lenta respuesta de Julia, Rosalyn estaba segura de que la chica no estaba bien en absoluto. No es que le ocurriera algo grave, pero tal vez su inmadura vecinita tuviera un poco de resaca. La palma de la mano le picaba de ganas de darle unos azotes en el trasero. Sus propios hijos se habían graduado hacía cinco años y se habían marchado de casa. Estaban solos y hacían cosas de adultos, ya no recibían azotes por comportamientos tan malos como la indiscreción de Julia la noche anterior. Pero habían crecido sabiendo la diferencia entre el bien y el mal y sabiendo también que si se portaban mal, serían castigados por ello. Parecía como si la educación de Julia en esa área en particular hubiera sido deficiente, ya que la joven hacía el mal constantemente, según sus padres.

Rosalyn se preguntó si debía llamar a los padres de Julia y comunicarles lo sucedido. Pensó que sería educado preguntar primero antes de disciplinar también a su hija. Pero Rosalyn decidió que Julia era adulta. Le impondría la ley a la niña y le diría que iba a recibir unos azotes le gustaran o no. Dependiendo de cómo respondiera la niña, Rosalyn estaría encantada de impartir más justicia si fuera necesario. Su única decepción fue no haber traído el gastado cinturón de cuero de su marido. Tenía la sensación de que Julia podría necesitarlo, o tal vez el cepillo de madera de Rosalyn...

Cuando Julia apareció en la puerta principal, no tenía muy buen aspecto. Tenía el pelo revuelto, la cara manchada con el maquillaje de la noche anterior y, por alguna razón desconocida, llevaba una sábana alrededor de la cintura. Una camiseta demasiado grande colgaba de su cuerpo y la chica desprendía un leve olor a orina que Rosalyn no podía identificar. "Hola, ¿qué necesitas?"

Sus palabras eran arrastradas y parecía que la chica apenas podía mantener los ojos abiertos. Trató de mirar más allá de Julia y pudo ver algunas cosas en el suelo, en su mayoría vasos y latas de cerveza vacías, y tuvo miedo de lo que el resto de la casa parecía. "Tus padres me pidieron que viniera a verte, Julia", dijo Rosalyn con su voz más severa.

Julia puso los ojos en blanco y apoyó la cabeza en el marco de la puerta. "Sólo están siendo sobreprotectores. No me pasa nada. Que tengas un buen fin de semana".

La chica intentó cerrarle la puerta a Rosalyn, pero ella no lo toleró. Ella golpeó su pie delante de la puerta tan rápidamente que casi hizo su cabeza dar vueltas. "No, no lo creo", gruñó. "Parece que tus padres tenían razón al pedirme que viniera a verte. Pareces hecha polvo, chica. ¿Qué hiciste anoche?"

DESPUÉS DE OÍR los rumores sobre su vecina, Rosalyn, Julia no estaba de humor para lidiar con una madre excesivamente disciplinaria cuya idea de castigo incluía bajarle las bragas a una niña y azotarle las nalgas hasta dejarlas rojas. Había sido amiga de los dos hijos de su vecina durante la última década y había oído hablar en numerosas ocasiones de las veces que los habían

castigado. No tenía ningún interés en responder a las preguntas de Rosalyn y recibir el mismo tipo de castigo. "Tú no eres mi madre, Rosalyn, vete a casa", respondió en tono malhumorado.

Pero parecía que su vecina no estaba dispuesta a tolerar la falta de respeto de una chica de dieciocho años. Rosalyn se apresuró a empujar la puerta de entrada, casi apartando a Julia del camino. "Escúchame bien, niña, entra ahora mismo en el salón y dime lo que hiciste anoche o, con la ayuda de Dios, llamaré a tus padres ahora mismo".

La amenaza de arruinar el fin de semana de cuatro días de sus padres con un informe sobre sus actividades fue suficiente para asustar a Julia. No le gustó, pero hizo exactamente lo que Rosalyn le dijo que hiciera. Se dirigió al salón, mirando hacia atrás sólo para pillar a su vecina cerrando la puerta principal y mirando a su alrededor la suciedad de la noche anterior. "Siento que esté tan desordenado", se disculpó, aunque no sabía muy bien por qué. No era asunto de Rosalyn por qué su casa tenía ese aspecto, francamente.

Pero la palabra "desorden" apenas lo cubría. Puede que la entrada estuviera llena de vasos y latas, pero el salón era una zona de guerra. Partes de la alfombra estaban llenas de líquidos derramados que nadie se había molestado en limpiar. "Así que tuviste una fiesta anoche, ¿no?" preguntó Rosalyn mientras miraba a la chica.

Julia había tomado asiento en el sofá. Apenas podía mantenerse en pie. La cabeza le latía con fuerza, le dolía el cuerpo y lo único que quería era darse una ducha caliente y volver a la cama. "Sí, estuvo bien". Se encogió de hombros.

Rosalyn chasqueó la lengua ante la desobediente muchacha. "Mis hijos se enfrentarían a la ira de Dios si le hicieran esto a mi casa. ¿Cómo esperas limpiar esto antes de que vuelvan? Haría falta un milagro".

Su boca había metido a Julia en problemas en más de una ocasión. Aunque Rosalyn tenía los brazos cruzados sobre el pecho y parecía dispuesta a gritarle, a Julia se le abrieron los labios y las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas. "Milagro es mi segundo nombre. Créeme, no hay nada de qué preocuparse. Ya puedes irte. Soy adulta y no necesito que me vigilen como a una niña".

Pero parecía que la matrona no la creía, y con razón. "¿En serio?" Preguntó con una sonrisa envenenada en los labios. "Dime, ¿por qué apestas a orina, Julia?".

Pillada.

CAPÍTULO 9



Julia se recostó en el sofá y cerró los ojos. Sabía que Rosalyn estaba allí de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y dando golpecitos con el pie de aquella manera acusadora y matrona, pero no se atrevió a responder. No quería admitir lo que había hecho la noche anterior, ni quería enfrentarse a su vecina, francamente, pero ambas cosas parecían estar delante de ella y esperando a que se ocuparan de ellas.

"Julia, no te lo volveré a pedir. Deberías tener suerte de no ser uno de mis hijos". El tono de Rosalyn no suscitó ninguna discusión por parte de Julia, pero no se inmiscuyó en su lado descarado, provocando que hiciera algo que sabía que a la larga sólo le daría disgustos.

La risa brotó intempestivamente de sus labios. "Tienes razón, me alegro. Fuiste una zorra con Melanie". Julia se arrepintió en el instante en que pronunció las palabras. Sus ojos se abrieron de golpe y pudo ver la sorpresa en la cara de Rosalyn, pero no duró mucho. Fue sustituido por determinación y decisión. "Yo...", empezó, pero luego cerró la boca porque se dio cuenta de que su vecina no tenía ningún interés en oír lo que tenía que decir.

ROSALYN NO PERMITÍA que sus hijos le faltaran al respeto, ni siquiera hoy. Si entraban en su casa y se comportaban como Julia, los mandaba a paseo o esperaba que recibieran su castigo. Y cuando eran niños, hacía lo único que sabía que les impediría volver a hacerlo, y supuso que eso era exactamente lo que necesitaba su traviesa vecina. "Levántate", chasqueó los dedos e indicó a la adolescente que se pusiera en pie.

"Rosalyn, estoy..."

Volvió a chasquear, cortando a Julia antes de que pudiera terminar su disculpa. Sus hijos siempre se mostraban arrepentidos cuando sabían que estaban en problemas. "No lo sientes, así que no digas que lo sientes. Pero créeme, lo lamentarás cuando acabe contigo". Rosalyn pasó por encima de los cojines del sofá que ahora descansaban en el suelo, agarró la muñeca de Julia y tiró de ella hacia sí. "Vámonos. Nadie me habla así".

Julia la siguió por miedo, con la cara encendida de ansiedad mientras la mujer mayor la conducía a través de la destrucción de su sala de estar y directamente hacia el cuarto de baño. "¿Qué estás haciendo?" Preguntó nerviosa. La manta que le rodeaba la cintura amenazaba con desprenderse, pero se aferró a ella por miedo a que se cayera. No quería que Rosalyn supiera que estaba desnuda bajo la tela y probablemente pegajosa por el pis de hacía horas.

"En mi casa, nadie habla así a nadie. Es grosero e irrespetuoso y no es así como he educado a mis hijos". Rosalyn soltó a Julia y echó un vistazo al cuarto de baño. Parecía relativamente libre de restos de fiesta, pero encontró un par de latas de cerveza en la parte posterior del inodoro.

Tendría que ocuparse de eso a su debido tiempo, pero por ahora iba a ocuparse de los insultos y las palabrotas.

En la ducha encontró exactamente lo que buscaba. "Normalmente prefiero el marfil, pero esto me servirá en caso de apuro". Rosalyn cogió la pastilla de jabón rosa claro de la ducha y la acercó al lavabo. Parecía parcialmente usado, pero tal vez para no más de una semana. En cualquier caso, serviría. "Huele a petunias", anunció encantada.

Rosalyn tarareó para sí mientras enjabonaba la pastilla. "Si quieres decir palabrotas, te voy a limpiar la boca. En mi casa no nos atrevemos a hablar a la gente como me has hablado a mí".

Julia había oído hablar antes de enjabonarse la boca, pero sus padres nunca se lo habían hecho. Tartamudeó al preguntar: "¿Qué? No puedes. Mis p-p-padres..."

"Van a volver a una casa impecable y no les diré lo que has hecho. Y créeme, no me opongo a llamarles ahora mismo y decirles que has destrozado su casa. ¿Es eso lo que quieres?" Cerró el grifo y se giró para mirar a su nueva protegida. Los ojos de la chica estaban tan abiertos como pizzas, mirándola con miedo y preocupación. Entonces Julia negó con la cabeza. "Bien. Ahora abre".

¿CÓMO PODÍA SABER TAN MAL algo que olía tan bien? En cuanto la pastilla de jabón llegó a la lengua de Julia, le entraron ganas de vomitar. No sintió ni una pizca de petunia, fuera cual fuera su sabor. En su lugar, sintió el sabor medicinal de... bueno... jabón. Intentó murmurar a través de la pastilla y preguntar si era necesario, pero lo único que consiguió abriendo más la boca fue que Rosalyn tuviera una mejor perspectiva para lavársela.

"A las chicas con vocabulario travieso hay que lavarles la boca con regularidad hasta que aprendan a hablar con propiedad, pero supongo que sólo tengo una oportunidad para ti". Rosalyn agarró la mandíbula de su protegida y se aseguró de que Julia no intentara cerrarle la boca. Ya habría tiempo para eso más tarde, pero ahora quería asegurarse de que la espuma llegara a todos los rincones de la boca de la chica.

Julia quiso abrir la boca y escupir violentamente en el lavabo hasta que el sabor y los residuos del jabón desaparecieran, pero Rosalyn siguió adelante. Sintió que sus mejillas se llenaban de saliva con sabor a jabón y entonces sus ojos empezaron a lagrimear. Vergüenza, humillación, malestar general por la situación en la que se encontraba.

El lavado de boca no duró más de un minuto, pero a Julia le pareció una eternidad. Rosalyn le dejó la barra en la boca y le ordenó que la apretara. "Quiero ver marcas de dientes en esa cosa", la amenazó, "o si no me iré otro minuto y veré si entonces estás más dispuesta".

La amenaza fue más que suficiente para llamar la atención de Julia. El jabón le goteaba por delante, dejándole la boca hecha un desastre y la camisa incómodamente mojada. Mordió el jabón y sintió cómo se le hundían los dientes. El sabor se hizo más amargo que antes. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y Rosalyn apartó la mirada de ella.

Cogió las latas de cerveza de encima del inodoro, las vació en el fregadero y luego las tiró a la basura. No tenía ningún problema en ayudar a aquella chica a limpiar la casa que había estropeado la noche anterior, pero lo haría a su manera. "Creo que ahora vamos a empezar con el proceso de limpieza, si no te importa. Primero, tu boca, por supuesto", anunció Rosalyn con una especie de regocijo perverso. "Pero a este baño le vendría bien un buen fregado".

Julia se sintió impotente. No estaba segura de lo que Rosalyn quería ni de cuánto tiempo debía mantener la pastilla de jabón en la boca, pero tampoco quería enfadar más a la mujer. Estaba segura de que no quería enfrentarse a ningún otro castigo que su vecina pudiera sentir

deseos de aplicar.

Rosalyn miró el reloj y decidió que diez minutos serían suficientes. Julia mantendría la boca cerrada, o al menos vigilaría lo que decía en adelante, si pasaba diez minutos con aquella pastilla de jabón limpiándola. "¿Qué tal si te quedas en la esquina?", Rosalyn señaló hacia la esquina, "mientras yo voy a echar un vistazo al resto de la casa. Ya veré por dónde podemos empezar cuando termines con tu castigo".

Los minutos parecieron una eternidad. Julia miraba la pared con una sensación de terror en la boca del estómago. ¿Qué encontraría Rosalyn? La propia Julia no se había despertado antes de que llegara su vecina, así que no estaba segura de en qué estado se encontraban las demás habitaciones de la casa.

Cuando su vecina regresó y le dijo que podía retirar la pastilla de jabón, a Julia le entraron ganas de arrodillarse y besar los zapatos de Rosalyn. "Puedes enjuagarte la boca una vez, pequeña, pero eso es todo".

Julia no estaba dispuesta a rechazar esa oferta. Se acercó al lavabo y soltó la manta que le rodeaba la cintura para poder echarse agua a la boca. Se olvidó por un momento de que estaba desnuda mientras el agua refrescante le ayudaba a eliminar algunas burbujas y residuos de la boca. Cuando escupió el agua y el jabón, se dio cuenta de que volvía a tener problemas.

"Así que de ahí viene el ligero olor a orina", Rosalyn sacudió la cabeza. "Eres una chica muy traviesa, Julia".

Maldita sea.

CAPÍTULO 10



"*P*ensé que tu cama parecía mojada cuando entré en tu habitación, y definitivamente olía a humedad, pero esto es... wow." Rosalyn salió del baño y le indicó a Julia que se acercara. Nunca se había enfrentado a algo así. Sus hijos habían sido traviesos a veces, pero nunca hasta este punto. Su método habitual para tratar con una niña mala era darle una paliza, pero Julia era más traviesa que una niña normal.

"Muy bien, esto es lo que vamos a hacer. Te vas a duchar y te vas a poner inmediatamente a limpiar ese cuarto de baño", Rosalyn señaló hacia la habitación de la que acababan de salir. "Volveré en unos minutos con un par de cosas para cuidar tu actitud y luego te ayudaré. Tus padres no se merecen esto, pero lo que te voy a hacer, te lo merecerás. ¿Me entiendes?"

Julia asintió con la cabeza, pues no había otra respuesta a la pregunta de su vecino. Se quedó allí con la camiseta mojada y enjabonada, apenas cubriendo los pedazos que había intentado ocultar con su manta. La boca aún le sabía rancia y estaba segura de que en cuanto Rosalyn se fuera, se llenaría la boca mil veces de agua y se quitaría el sabor residual del jabón.

"Volveré dentro de media hora. Si no estás duchada y trabajando en la limpieza del baño, sólo vas a empeorar tu castigo".

Rosalyn se dio la vuelta y se fue, dejando a Julia aturdida e insegura de cómo proceder. ¿De verdad iba a dejar que Rosalyn volviera y la castigara aún más? ¿Hablaban en serio su vecina de llamar a sus padres y delatarla? Al cabo de un minuto o dos, se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo y se puso manos a la obra. Se quitó la camiseta y cogió la manta, corriendo cada una de ellas a su habitación para echarlas en el cesto de la ropa sucia. Julia pensó en coger todas las sábanas y meterlas en la lavadora, pero ya lo haría.

La ducha le sentó bien. Aunque el dolor de cabeza era ahora una constante, el agua caliente le relajó los músculos. Julia se limpió el cuerpo de orina rancia y se enjuagó la boca una docena de veces. Cuando salió de la ducha y se envolvió en una mullida toalla roja, aún le quedaba el sabor a jabón. Ya se sentía un millón de veces mejor, pero aún quedaba trabajo por hacer. Julia no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, así que se puso rápidamente una camiseta de tirantes y unos pantalones de chándal y se puso manos a la obra.

Probablemente no llevaba más de cinco minutos fregando cuando Rosalyn entró por la puerta principal, anunciándose con un tono agradable, como si viviera con ella. Julia oyó el ruido de las bolsas depositadas en la encimera de la cocina y la curiosidad la invadió. Deseaba desesperadamente entrar en la cocina y ver qué había traído su vecina, pero no se atrevía a salir del cuarto de baño.

Por suerte, a nadie se le había ocurrido tirar la basura de la noche anterior. Julia se apresuró a limpiar las encimeras y el espejo y empezó a fregar el suelo. No estaba muy pegajoso, pero sí

algo sucio por el uso de las últimas semanas, desde la última vez que lo habían limpiado.

ROSALYN HABÍA HECHO un viaje rápido al Walgreens local, a unas pocas manzanas de distancia, y había recogido una miríada de materiales que pensaba que mejorarían el comportamiento de Julia. Primero aplicaría lo peor de su arsenal, no porque fuera lo peor, sino porque sería la forma más rápida de cambiar el comportamiento de su protegida.

Dobló la esquina y encontró a Julia de rodillas frente a la bañera, fregando el suelo. "Buena chica", anunció. "Pero ya que estamos limpiando cosas, he traído algo más para limpiarte a ti, pequeña".

Julia se dio la vuelta con una expresión de horror en el rostro que sólo se acentuó cuando vio una extraña botellita en la mano de Rosalyn. "¿Qué es eso?" Tartamudeó de nuevo. Sus amigas nunca reconocerían a la niña asustada que se sometía al castigo de su vecina de la forma en que Julia lo había hecho hoy. La conocían como una mujer fuerte, descarada y sabelotodo que no aceptaba tonterías de nadie. Oh, cómo caen los poderosos...

"Se llama enema, querida niña, y es precisamente lo que necesitas para terminar de limpiarte. Primero, tu boca. Segundo, tu trasero". Se acercó a Julia y le hizo un gesto para que se pusiera de pie. "Sería mejor que te agacharas y pusieras las manos sobre la bañera, querida".

¿No eran los enemas procedimientos médicos o algo así? Julia no se atrevió a preguntar. Se puso en pie y miró el frasco con los ojos llenos de lágrimas una vez más. ¿Tenía que hacer esto?

Rosalyn se alegró de que la chica obedeciera. Julia se agachó y, aunque miró hacia atrás con la preocupación grabada en el rostro, se mostró sumisa. No discutió ni le gritó, lo que demostraba que la decisión de Rosalyn de lavarle la boca había sido acertada. "Ahora abre un poco las piernas, cariño. Necesito acceder a tu trasero". Rosalyn no tardó en agarrar los pantalones de chándal de la chica y bajárselos por las rodillas, junto con las bragas.

Las palabras y las acciones hicieron que Julia se sonrojara de vergüenza. Separó un poco las piernas, pero luego sintió que Rosalyn le daba una patada en los pies y la instaba a separarlas más. "No usé mucho los enemas con mis hijos. Es un castigo un poco pegajoso, por así decirlo", se divirtió con las palabras. "Pero mi madre solía hacérmelo a mí de pequeña y desde luego llamaba mi atención".

Julia sintió una extraña sensación cuando un líquido frío se extendió por su ano. Frunció el ceño más de lo normal, casi sobresaltada por la sensación.

"No te preocupes, cariño", Rosalyn le dio unas palmaditas en la espalda, "es sólo un poco de lubricante para la punta de inserción".

Antes de que Julia pudiera preguntar qué significaba eso, lo sintió. Sentía una extraña presión en su interior, el plástico duro de la botella llenando un orificio en el que nunca antes había entrado de esa manera. Se sonrojó aún más. El acto que Rosalyn había cometido era humillante y de naturaleza tan abiertamente sexual que le avergonzaba sentirse un poco excitada por la sensación.

Sin embargo, la excitación pasó rápidamente. Rosalyn le puso una mano firme en la espalda y le dio unas ligeras palmaditas. "Esto puede resultar un poco incómodo, pero seguro que funciona".

Julia sintió que el agua empezaba a entrar en sus intestinos cuando Rosalyn apretó ligeramente la botella de enema que había traído. Se preguntó qué habría dentro, pero no se atrevió a preguntar. En lugar de eso, apretó los dientes y rezó para que la experiencia terminara pronto o, al menos, para que pudiera soportarlo sin demasiado esfuerzo y Rosalyn considerara el

final de su castigo.

Pero cuanto más se le llenaba el estómago, más incómoda se sentía. La botella del enema no parecía tan grande, pero para alguien que nunca había tenido nada en su trasero, se sentía como si se estuviera expandiendo al tamaño de la chica de los arándanos de Willy Wonka. Julia gimió de incomodidad y le pidió a Rosalyn que parara, pero la matrona le frotó la parte baja de la espalda y le dijo que sólo estaba recibiendo lo que se merecía.

La propia madre de Rosalyn le había puesto enemas mucho más grandes que éste. En su juventud, los enemas eran más medicinales que un castigo. Si pasaba más de un par de días sin defecar, su madre se aseguraba de que recibiera un enema antes de que estuviera demasiado estreñida. A lo largo de su infancia, sin embargo, recordaba algunas veces en las que su madre le ponía enemas de castigo. Le provocaban terribles retortijones y la convertían en una niña muy apenada. Por supuesto, su madre no creía que estuviera lo suficientemente arrepentida hasta que ella también había sido atada a conciencia. Si Rosalyn podía sentarse después de su enema de castigo y sus azotes, su madre lo consideraba inacabado.

Sólo lo había hecho un puñado de veces con sus propios hijos. En general, la idea le resultaba un poco desagradable. Pero como la traviesa señorita Julia había destrozado la casa de sus padres y se había emborrachado tanto la noche anterior que se había meado encima, Rosalyn pensó que era un castigo necesario.

"Ya está, querida. ¡Lleno y acabado!"

CAPÍTULO 11



Lena era definitivamente lo que Julia diría que se sentía. Le dolía el estómago de distensión y sentía la necesidad inmediata de expulsar el contenido de sus intestinos. "¿Puedo...?" Pero Rosalyn tenía una respuesta para eso.

"Quédate aquí, preciosa, ahora vuelvo." Rosalyn se fue corriendo a la cocina y rebuscó en su bolso, sacando un pañal para adultos que había encontrado deambulando por los pasillos de Walgreens. Luego se apresuró a volver al baño para encontrar a Julia todavía inclinada, apretando las mejillas como si su vida dependiera de ello. Rosalyn casi podía decir que estaba adorable en aquella postura.

Cuando Julia se dio cuenta de lo que Rosalyn le estaba poniendo, empezó a dudar. "¿Un pañal?!" rugió en respuesta, deseando tener pleno movimiento para poder levantarse, darse la vuelta y mirar a su vecina a los ojos. "Esto es..."

"-Sólo lo que te mereces", terminó Rosalyn por ella. "Anoche mojaste la cama y ahora no puedo confiar en que vayas al baño. Así que ahora no se te va a permitir". Le ajustó el pañal hasta que la bonita princesa de plástico del trasero de Julia le sonrió. Los pañales habían sido una genialidad. Nunca se lo había hecho a sus propios hijos ni se lo habían hecho a ella, pero parecía apropiado para una niña que no podía contener la vejiga.

Julia habría discutido más, pero su estómago se revolvió con la necesidad de expulsar su contenido de nuevo y cerró la mandíbula. Dejó que la rodearan con la tela de algodón y apretó los puños por el dolor y la incomodidad.

"Ahora termina de limpiar este baño, jovencita". Rosalyn retrocedió hasta llegar al otro lado de la pared del pasillo.

Lentamente se irguió, Julia sintió que el contenido de su interior cambiaba. "Necesito ir al baño, Rosalyn", murmuró, apenas por encima de un susurro.

Rosalyn estaba disfrutando de la incomodidad en la cara de su cargo. Sabía que los padres de Julia no la disciplinaban realmente, a menos que quitarle el teléfono o castigarla constituyera disciplina. Pero Julia seguía portándose mal, incluido el pequeño incidente de la fiesta. Estaba claro que su tipo de castigo no era lo bastante fuerte para su hija. Pero eso no le importaba a Rosalyn, pues cortaría el problema de raíz.

"Anoche mojaste la cama como un bebé, Julia. Así que ahora puedes ensuciar tu pañal, como un bebé", anunció con una sonrisa jugueteando en sus labios. "Cuando termines de limpiar este baño y hayas usado el pañal, pasaremos a otra cosa".

Julia se exasperó al ver retroceder la figura de Rosalyn. Su vecina anunció que se pondría a limpiar la cocina y a preparar el desayuno. No estaba segura de querer comer ahora mismo, pero dejó que la mujer se fuera y se frotó el vientre distendido.

No recordaba la última vez que había mojado la cama. Probablemente tendría cuatro o cinco años y aún estaba aprendiendo a leer las señales de su cuerpo que le indicaban que tenía que levantarse y hacer sus necesidades. Anoche había sido una casualidad y eso era por porque había ingerido demasiado alcohol y no porque simplemente no quisiera levantarse e ir al baño. Pero estaba segura de que a Rosalyn no le importaba por qué había ocurrido.

La idea de ensuciarse el pañal expulsando el enema que Rosalyn le había puesto era tan vergonzosa como todo lo demás que le había ocurrido esta mañana. Se sentía como una niña demasiado grande. Julia tampoco estaba segura de si debía subirse las bragas o incluso el chándal. Pero le colgaban incómodamente de las rodillas y no podía limpiarse si no podía moverse. Cuando se los subió, le quedaron abultados sobre el trasero, con un bulto evidente que la hizo llorar de vergüenza. Por si fuera poco, ahora su estómago gemía con estrépito, exigiendo deshacerse de toda el agua que le habían metido.

Lo único bueno de esta situación era que Rosalyn no estaba allí para observar con algún tipo de enfermizo interés cómo se defecaba encima. Aquello fue un alivio que Julia no pudo expresar más que con un suspiro. Al final del día, su vecina seguía canturreando alegremente para sí misma en la cocina, esperando a que usara el pañal y limpiara el cuarto de baño.

A Julia no le quedaba mucho por hacer en el baño, así que trató de contener su necesidad mientras completaba el piso. Volvió a ponerse a cuatro patas, lo que le presionó el estómago, y trató de fregar el suelo lo más rápido posible. Consiguió una cobertura considerable en el transcurso de cuatro minutos antes de que fuera incapaz de contener más sus intestinos.

El primer ruido fue húmedo y Julia se estremeció al sentir un calambre en el estómago. Entonces, como parecía que cuando empezaba no iba a terminar, se rindió al dolor y a la necesidad de expulsar. Julia se sintió mortificada por los sonidos y olores de lo que ocurrió a continuación. Y se sintió muy incómoda cuando el pañal que le había puesto Rosalyn se llenó de suciedad caliente.

Pasó casi diez minutos expulsándolo todo y el miedo de Julia era que se parara y sintiera cómo se deslizaba por sus piernas y se metía en sus pantalones de chándal.

"No oigo limpiar", llamó Rosalyn desde la cocina. "Vamos ya, pequeña, si no cuando te limpies te doy un segundo".

Julia no quería soportar este dolor ni esta vergüenza por segunda vez. Se enjugó las lágrimas y se apresuró a seguir limpiando el baño. Cuando terminó, el suelo estaba prácticamente reluciente.

Fue incómodo para Julia ponerse de pie cuando terminó. Ahora en el pasillo, ya que el suelo del baño estaba mojado, hizo un gesto de dolor al ponerse de pie. Esperaba que el pañal se le desbordara, pero cuando se aplastó y estrujó, todo quedó dentro. Era una pequeña victoria para una situación humillante.

Pero humillación era lo que Rosalyn tenía en mente, Julia estaba segura. Caminó lentamente hacia la cocina, dando pequeños pasos. Cada uno de ellos empujaba la suciedad de su pañal, provocándole una sensación de incomodidad que nunca antes había sentido. No había forma de que pudiera limpiar el resto de la casa con este pañal y esperaba que Rosalyn le permitiera cambiarse primero.

"Ya he terminado, Rosalyn", anunció cuando llegó a la cocina. "El baño está limpio y yo... He usado el pañal". Las últimas palabras fueron dichas con un sonido apenas superior a un susurro y provocaron una sonrisa de su cuidadora.

Rosalyn aplaudió y anunció que se alegraba por Julia. "Bueno, ahora que la parte más complicada de esta transacción ha terminado, vamos a pasar a la parte que debería mantenerte a

raya durante el resto de este fin de semana".

Julia frunció el ceño y entonces recordó las bolsas que Rosalyn había traído dentro. Pudo ver un paquete de pañales y un par de cajas de enemas. Esperaba que su vecina no los usara con ella y que los planes de Rosalyn no fueran quedarse con ella. Pero también sobre el mostrador había un grueso cinturón de cuero. "Oh, no, por favor", empezó a suplicar.

Pero azotar a una niña traviesa era la especialidad de Rosalyn. Puede que el enema y los pañales fueran nuevos para ella, pero el castigo corporal no lo sería. "Ahora sé una buena chica e inclínate sobre la mesa".

Su estómago dio un vuelco. Aunque sus otros castigos habían sido embarazosos y el enema le había provocado retortijones de estómago, ninguno de ellos le había causado realmente mucho dolor. Julia pasó junto a Rosalyn y se acercó a la mesa, mirando fijamente el cinturón. Aquel maldito cinturón iba a terminar lo que los otros dos castigos habían empezado: la haría arrepentirse de verdad por lo que había hecho.

CAPÍTULO 12



Julia se inclinó sobre la mesa, sintiendo el frescor a través de la camiseta de tirantes que llevaba. Por detrás, Rosalyn pudo ver que la chica sí había usado el pañal. Sobresalía voluminosamente, no sólo por el material, sino por el desorden de su interior. Sin duda, eso evitaría que parte del escozor del cinturón de cuero llegara al trasero de Julia, pero no la protegería de todo.

Cruzando la habitación con el cinturón en la mano, Rosalyn agarró el dobladillo del pantalón de chándal de Julia y volvió a bajárselo hasta las rodillas. Los muslos de la chica temblaron a su paso. "No creo en las chicas traviesas que se dejan cubrir el trasero mientras reciben su merecido, pero voy a dejarte en pañales porque has sentido la necesidad de seguir tumbada en tu cama incluso después de haberte meado encima. Llámalo justicia cómica, o quizás irónico, o realmente lo que quieras. Me da igual".

Rosalyn cogió sus bragas y se las bajó también, mostrando el pañal hinchado y lleno de suciedad. "Normalmente me gusta azotar a una niña traviesa en su trasero desnudo para que reciba todo el efecto. Pero creo que esto será igual de bueno, si no mejor. Pero no te preocupes, señorita, me aseguraré de que puedas sentirlo en tu trasero desnudo más tarde".

Había decidido que ayudaría a Julia a limpiar el resto de la mañana y de la tarde, y luego le daría a la chica la oportunidad de relajarse esta noche. Sin embargo, volvería antes de que Julia se acostara y le daría una segunda dosis del cinturón de cuero, pero esta vez en el trasero desnudo. Era lo justo. Rosalyn también estaba dispuesta a volver los tres días siguientes para asegurarse de que la chica se aseara, pero también para volver a darle la lección para que no volviera a ocurrir. Tenía un cepillo de madera en la mesilla de noche que hacía siglos que no veía un culo desnudo.

Por supuesto, ya se lo contaría a Julia más tarde, cuando se le hubiera pasado el escozor y empezara a pensar que su castigo había terminado. Rosalyn no planeaba obligar a la chica a ponerse otro enema ni a llevar pañales todo el fin de semana ni nada parecido, pero estaría encantada de darle unos azotes a Julia para que no pudiera quedarse sola los tres días que le quedaban de su glorioso "fin de semana".

LA EXPECTACIÓN casi se apodera de Julia. Sintió la brisa en los muslos. Más tarde diría que también sintió el viento del cinturón de cuero cortando el aire a través de sus muslos, justo antes de que cayera con un fuerte golpe y un dolor agonizante.

Se sacudió hacia delante y la mesa se movió unos centímetros. Julia nunca había sido azotada, así que era la primera vez. El cinturón le dejó una ardiente línea roja en los muslos y la

hizo maldecir internamente. Sabía que no debía decir en voz alta lo que realmente quería. Ya le habían lavado la boca una vez hoy; no tenía intención de que se lo hicieran una segunda vez.

Rosalyn se tomó su tiempo para continuar. Esperó a que Julia se acomodara antes de volver a bajar el cinturón, unos centímetros por encima de donde había caído la última vez. El grito y el llanto de Julia fueron como música para sus oídos.

"Las niñas traviesas siempre deben recibir azotes en el trasero. Es un recordatorio físico de que no deben pasarse de listas. Mis hijos lo odiaban", se rió y volvió a bajar el cinturón. "Pero aprendieron y ahora son adultos respetuosos. Creo que tus padres te han fallado, pero yo no lo haré. Sé que este fin de semana es cosa de una sola vez, pero quizá te enderece".

Julia estaba llorando cuando recibió el quinto azote. Le ardían los muslos y tenía los nudillos blancos de tanto apretar los puños. Rosalyn le dijo que era una niña traviesa y luego la azotó con fuerza, tal como había prometido. Y aunque llevaba un pañal, estaba segura de que sentía cada azote. Tampoco ayudó que el cinturón redistribuyera la suciedad dentro de su pañal.

"Mi madre solía hacerme salir sin pantalones ni bragas y elegir mi interruptor. En aquellos tiempos, los vecinos sabían que si salías a la calle sin culo, tenías problemas. Se sentaban en sus porches y escuchaban a mi madre curtiarme el pellejo mientras yo lloraba y le suplicaba que parara".

Rosalyn no aumentó el ritmo ni la fuerza de sus golpes. Se limitó a mantener un flujo constante de golpes, enrojeciendo con seguridad el pobre trasero de Julia. La chica lloraba sobre la mesa, pero no se escapó ni intentó echarse hacia atrás.

"Sospecho que si tus padres te hubieran dado unos azotes en el trasero cuando te pasaste de la raya, no habrías montado esa fiesta anoche. Te habrías portado bien y ni siquiera me habrían pedido que te vigilara. Podrías haber evitado todo esto", se burló.

Julia sintió que le ardía el trasero. En algún momento había estirado la mano para agarrarse al borde de la mesa, pero no sabía cuándo ni por qué. Cada nuevo golpe del cinturón la hacía arder de dolor.

Para asegurarse de que Julia no lo olvidara pronto, Rosalyn terminó asestándole una docena de golpes consecutivos en los muslos. La chica aulló y saltó de un pie a otro, sus lágrimas se convirtieron en sollozos y disculpas. Más tarde, cuando tuviera en sus manos el trasero desnudo de Julia, le daría el mismo tratamiento, pero por ahora sabía que el castigo y la humillación serían suficientes.

"Entra en el baño y límpiate, ¿me oyes?" Rosalyn dejó el cinturón sobre la encimera y se apartó de la joven. "Tú y yo tenemos una casa que limpiar, pero tu castigo ha terminado".

Julia no sabía si creía a Rosalyn, pero se las arregló para levantarse y arrastrar los pies por la cocina. Sin embargo, justo antes de llegar al pasillo, oyó a su vecina por última vez.

"Por ahora, claro. Planeo traer mi cepillo para el pelo más tarde y mostrarte lo que realmente significa ser una buena chica, Julia".

Ella huyó ante las palabras, esperando que no fueran ciertas. Pero en el fondo, más allá de la vergüenza, se dio cuenta de que se merecía lo que le había pasado. Era humillante, pero Julia sabía que había hecho algo malo anoche. Puede que le doliera el trasero y que aún tuviera en la boca el leve sabor químico del jabón, pero podía reconocer que se había portado mal la noche anterior. No quería que la azotaran otra vez, eso estaba claro.

Pero, si ocurría, Julia estaba segura de que no sería el fin del mundo. Después de todo, había superado el día de hoy. Y si el plan de Rosalyn había sido hacerla sentir culpable por lo que había hecho, Rosalyn lo había conseguido con creces. Julia empezó a limpiarse sintiéndose como la niña traviesa que era.

LE PONE PAÑALES SU JEFE



CAPÍTULO 13



Tabitha entró en su apartamento y miró a su alrededor. Ante ella estaba la suma de todas sus transgresiones juveniles: la silla giratoria que compró en la universidad, la cama en la que dormía desde los quince años, la ropa que no había cambiado desde la primavera pasada, cuando se graduó en la Universidad Estatal de Kansas.

Mientras examinaba todo lo que poseía y luego volvía a mirar las condiciones de la oferta de trabajo que le habían hecho, Tabitha sabía que no había nada que pensar; tenía que aceptar lo que sonaba cuestionable y extraño y como algo a lo que nunca le habría dado importancia.

CAPÍTULO 14



*F*lashback de ese mismo día

DE PIE ante la editorial March Publishing, Tabitha hizo balance del atuendo que llevaba. Una falda lápiz negra y una blusa blanca vaporosa metida desordenadamente en la banda. Unos tacones que necesitaban desesperadamente una mejora, ya que la suela estaba empezando a romperse por el uso excesivo. Llevaba el pelo recogido en una pinza y se le escapaban mechones con cada soplo de la brisa.

Se sentía hecha un desastre.

Jonathan March era un editor erótico independiente de Manhattan que se hacía cargo de los derechos digitales de autores que querían publicar, pero no sabían muy bien cómo entrar en el juego. Cuando Tabitha recibió su nombre, tuvo que admitir que no tenía ni idea de quién era. Al investigar un poco más, descubrió que era uno de los editores independientes de libros eróticos más importantes del medio oeste, pero también descubrió algunas prácticas de oficina poco convencionales.

En un portal de empleo, alguien había mencionado que tenía una serie de intereses particulares que exigía a su personal. La mujer mencionó que él los había sacado a colación en su entrevista y que, como era curiosa y no tenía demasiados límites, estaba más que contenta de trabajar para él durante un par de años en esas condiciones.

Tabitha sintió curiosidad. ¿Qué peticiones concretas le había hecho? Le costó encontrar más información al respecto, pero aun así presentó una solicitud en su empresa. Necesitaba un trabajo mejor remunerado que el salario mínimo de secretaria y March Publishing le ofrecía flexibilidad horaria, remuneración y un excelente paquete de prestaciones.

Se sorprendió al recibir noticias del propio Jonathan March tres días después. La llamó y le preguntó si había investigado sobre la empresa y ella admitió que sí. Jonathan le dijo que tenía que tener la mente abierta si le interesaba trabajar allí.

Ahora que estaba ante la editorial March Publishing, sus nervios se volvían locos y su mente corría a toda velocidad tratando de averiguar qué estaba haciendo. ¿Podría ser ésta una opción profesional valiosa? ¿O el dueño del negocio le iba a pedir que hiciera cosas extrañas y deplorables que ella no podía imaginar?

"Oh, hola, lo siento", se disculpó una mujer morena cuando abrió la puerta de la editorial March y casi atropella a Tabitha. "No te había visto. Hoy estoy un poco despistada".

Esbozaba una bonita sonrisa y los nervios de Tabitha se apaciguaron ligeramente. "No pasa

nada. No debería haberme quedado aquí parada", se disculpó.

La mujer extendió la mano y se presentó. "Soy Samantha. ¿Estás aquí por la editorial March o te has equivocado de sitio?".

Por un momento pensó en decir que estaba visitando el centro de voluntarios que había al final de la calle, pero Tabitha se mantuvo firme. Estrechó la mano de Samantha y respondió que estaba aquí para una entrevista.

"¡Ah! ¡Eres la de la una de la tarde!". La sonrisa de Samantha se hizo aún más grande. "Vi algunos de tus trabajos cuando ayudaba al señor March a revisar currículos. Eres una gran escritora!"

Tabitha se sintió orgullosa, pero también preocupada. No se había dado cuenta de que otras personas habían puesto su currículum para este puesto. "¡Pues gracias! Te agradezco el cumplido".

Samantha se apartó y acompañó a Tabitha hasta la puerta. "Me voy a comer, ¡pero buena suerte en tu entrevista!".

La morena la saludó con la mano y se marchó con paso alegre y contento.

Tabitha se preguntó qué prácticas cuestionables se llevaban a cabo aquí si una empleada parecía tan feliz como Samantha. Se encogió de hombros y pensó que tal vez el crítico de la bolsa de trabajo era demasiado crítico.

Al entrar en la oficina se encontró rodeada de cómodos sillones y sofás, un concepto de oficina abierta y un par de mujeres sentadas alrededor con sus portátiles. Una de ellas levantó la vista y la saludó rápidamente, preguntándole si estaba allí por alguna razón.

"Vengo a ver al señor March. Tengo una entrevista".

Salió corriendo por un pasillo y volvió con un "llegará en un momento" y luego volvió a sentarse, cogió su portátil y continuó con su trabajo.

Tabitha pensó que el ambiente de trabajo era bastante cómodo y que podría acostumbrarse a él. Las tres señoras que estaban allí se turnaban para compartir algo cada pocos minutos y Tabitha se sumergió en la charla mientras esperaba.

Entonces, de la esquina apareció un hombre alto y apuesto vestido con traje de negocios. Tenía una sonrisa encantadora y un brillo travieso en los ojos que hizo que a Tabitha se le revolviera el estómago.

"Tabitha Hemingway, supongo", saludó. "Venga, sígame a mi despacho".

Atravesó un pasillo de grandes dimensiones y vio dos puertas que daban a los aseos, una puerta sin marcar, y luego la que estaba al final del pasillo: el despacho de Jonathan.

Él entró y le indicó que se sentara. Le ofreció una copa, que ella rechazó, y luego se sentó detrás de su escritorio. Allí estaba su currículum, ordenado de la mejor manera que ella sabía, y él lo revisó una vez más.

"Lo primero es lo primero: tengo que preguntarte si sabes a qué se dedica esta empresa. Algunas personas entran por esas puertas y dicen que han investigado sobre March Publishing y que entienden lo que hacemos, pero luego, cuando se les presiona más, no llegan a comprender algunos de nuestros conceptos. ¿Eres consciente de que soy una editorial estrictamente erótica?".

Tabitha asintió con la cabeza. Había revisado algunos de sus trabajos y encontrado relatos con material cuestionable, pero nada a lo que pudiera oponerse. Las obras que publicaba estaban en el lado más sucio de las cosas, pero seguían la máxima de seguro, cuerdo y consentido. Por lo tanto, Tabitha se contentó con seguir adelante en el proceso de presentar su currículum y su carta de presentación.

"¿Y eres consciente de que el trabajo que solicitas consiste en esbozar guiones gráficos para

nuestros numerosos guionistas y que hacerlo requerirá pensar en escenarios sexualmente estimulantes todo el día?".

Esa era la parte que más le había costado entender. Aunque disfrutaba escribiendo como fantasma, quería más. Tabitha quería formar parte de una editorial, donde su trabajo fuera leído por miles de personas. El puesto vacante era similar al que ocupaba ahora, pero no tendría que escribir las historias.

Elaboraría un argumento, lo esbozaría de la A a la Z y se lo entregaría al autor. A partir de ahí, ya no estaría en sus manos y pasaría a la siguiente fase: la escritura. Después pasaría a manos de un editor, un diseñador de portadas, un formateador, un vendedor y probablemente otras personas con las que Tabitha no estaba familiarizada. El trabajo parecía fácil, o al menos tan fácil como pensar en fantasías sexuales todo el día.

"Sí, señor. Definitivamente leí la descripción del trabajo y me aseguré de estar al tanto de todo lo que podía ser antes de venir a su oficina."

Jonathan asintió y luego detuvo su lectura del currículum de Tabitha. Lo había leído de cabo a rabo, sabía que acababa de salir de la universidad y que probablemente estaba utilizando la Publicación de Marzo para darse a conocer y pasar a cosas más grandes y mejores.

Le parecía bien. Podía manejar a los trabajadores temporales. Algunos, como Samantha, habían empezado como temporales y ya llevaban cinco años trabajando para él. Otros llevaban allí el tiempo suficiente para el primer día y luego habían decidido que su empresa y sus normas no eran adecuadas para ellos. Y eso también está bien, pasa en todos los sectores.

"Voy a darte un manual del empleado y luego unos veinte minutos para que lo leas. Después, puedes continuar con la entrevista o irte. Usted decide".

Jonathan metió la mano en el escritorio, sacó el manual y se lo acercó. "Tómate tu tiempo y léelo todo. Luego seguiremos a partir de ahí".

Parecía breve, pero Tabitha sintió el peso de lo que tenía delante. Ésta debía de ser la parte de prácticas cuestionables de la empresa. Cogió el manual y lo abrió de un tirón. Hasta el momento le había ido muy bien en la entrevista; no iba a permitir que una extraña política de la empresa la detuviera ahora.

Sus ojos se fijaron inmediatamente en un par de epígrafes. Azotes. Pañales. Castigos. Y su estómago volvió a dar un vuelco. Tabitha no era una mojigata, pero sabía que llegaría a esas secciones y se encontraría en un aprieto.

CAPÍTULO 15



E l Manual

1. Los empleados se someterán a una inspección diaria. Esto incluye, pero no se limita a, asegurarse de que el empleado está bien afeitado o depilado, según prefiera el empleado. La empleada deberá llevar bragas blancas estándar y no llevar sujetador. El incumplimiento de estas normas dará lugar a un castigo.

2. Las empleadas se cambiarán las bragas estándar y llevarán un pañal entre las 9:00 y las 16:00 horas. Llevarán todos los asuntos del baño en pañales durante estas horas, a menos que estén fuera de las instalaciones de la Editorial March. El no uso del pañal o su uso cuando sea necesario resultará en un castigo.

3. Los empleados se someterán a una (1) azotaina por día. Esto permitirá a Jonathan March probar nuevos implementos y técnicas. Reportes formales serán escritos al terminar dicha nalgada. El no someterse a los azotes resultará en un castigo.

4. Los empleados serán sometidos a un (1) enema al mes. Esto es para asegurar la obediencia de los empleados. Se redactarán informes formales al finalizar dicho enema. El no someterse al enema resultará en un castigo.

LOS CASTIGOS INCLUYEN:

- Azotes disciplinarios
- Enema disciplinario
- Tiempo en la esquina
- Enjabonamiento de la boca
- Líneas de escritura
- Tiempo fuera

TABITHA SE ESTREMECIÓ al volver a leer las normas y los castigos. Había explicaciones detalladas sobre los castigos, la inspección diaria y el uso de pañales, y le costó volver a leerlas.

El corazón le latía con fuerza al pensar en las condiciones de trabajo de la editorial March. Era mucho que asimilar.

"Todavía no ha firmado nada, señorita Hemingway, así que puede marcharse si después de leerlo ya no se siente cómoda trabajando aquí".

Pero Tabitha se mordió el labio y no se movió. Tenía los ojos vidriosos y, aunque miraba el papel, no captaba nada de su significado. Su cerebro pensaba, se preguntaba si tal vez éste era el camino correcto para ella.

Los azotes no sonaban tan mal. De hecho, ya había dado algún azote juguetón durante las relaciones sexuales. Y de niña la habían azotado una o dos veces, así que sabía que no era tan malo. Podía recibir un azote al día, siempre que no le hicieran ampollas en el trasero ni la dejaran dolorida durante días.

El enema mensual sonaba un poco exagerado, pero tampoco era exactamente un problema. Tabitha pensó en las facturas que se le acumulaban y en la deuda del préstamo estudiantil, y sabía que una limpieza de colon mensual no le impediría mantener la electricidad.

Lo que más le intrigaba era el cambio de pañales. En la universidad había conocido a una chica que llevaba pañales deliberadamente, a diario, porque le gustaba cómo le sentaban. A Tabitha le pareció extraño, pero no le daba vergüenza. Creía que todo el mundo tenía derecho a disfrutar de sus manías, por extrañas que le parecieran.

Pero cuando preguntó a su compañera de universidad por qué llevaba el pañal, le dijeron que era por seguridad y comodidad. Tabitha pensó que eso estaba bien, que podía aceptarlo. Calor, suavidad, sentirse segura. Eran cosas que podía tolerar por un trabajo.

Tabitha dejó el manual del empleado y miró a Jonathan. No parecía molesto, ni siquiera un poco alterado. Parecía un hombre que esperaba una respuesta. Ojalá ella tuviera la misma serenidad.

"Me gustaría continuar con la entrevista, señor March".

La cara de Jonathan se iluminó y metió la mano en el escritorio para sacar un segundo papel. En él había unas cuantas preguntas más que quería hacer, pero todas eran de adorno. Con que Tabitha aceptara el manual del empleado era suficiente.

CAPÍTULO 16



Su primer día de trabajo fue angustioso. Jonathan le dijo que su primera semana sería bastante fácil e informal, que debía seguir el manual lo mejor posible, pero que supiera que aún estaba en formación y que no la castigarían por pequeños errores.

Tabitha entró en la oficina con la misma falda lápiz y el mismo top vaporoso de su entrevista y una expresión nerviosa en el rostro. Samantha fue la primera en saludarla con una gran sonrisa y una taza de café.

"No te pongas nerviosa", le aconsejó, "te lo prometo. No es tan malo como crees. De hecho, algunos días es bastante divertido". Samantha le guiñó un ojo.

Tabitha esbozó una media sonrisa y se encogió de hombros. "Bueno, si tú lo dices", trató de asentir.

Jonathan llegó tarde, pero cargado de donuts. Las chicas se alegraron de verle, lo que hizo que Tabitha se sintiera mejor con el ambiente de trabajo que había contratado. Era extraño ver a esas cuatro chicas y saber que en cualquier momento las inspeccionarían, les pondrían pañales y las obligarían a mojarse y ensuciarse cuando fuera necesario.

Se mordió el labio inferior y permaneció callada mientras Jonathan llamaba a cada una de las chicas, una por una, hacia la puerta sin marcar que había visto el otro día. Su mente se llenó de ideas sobre lo que había detrás. Tabitha podría haber preguntado, pero mantuvo la boca cerrada y habló de dónde era y cómo había acabado aquí con sus nuevos compañeros de trabajo.

Cuando llegó el momento de entrar en la trastienda con Jonathan, éste la llevó cuidadosamente del brazo a lo que parecía un sueño.

El rosa pastel y el blanco estaban por todas partes, cubriendo cada pared y adorno de la improvisada habitación infantil. Tabitha entró y se sintió como Charlie cuando entró en la fábrica de chocolate, excepto que ella era Tabitha y estaba entrando en una guardería de tamaño adulto.

Había una cuna con cierre, que Jonathan le explicó que era para los bebés malos que necesitaban tiempo fuera. Había un gran cambiador. "Cada vez que uses el baño con pañal, vendrás a mí y te cambiaré". En la pared había colgados multitud de utensilios para dar azotes, junto con una paleta que decía: "Para niñas traviesas".

Jonathan la condujo al cambiador y le pidió que se desnudara. "En cualquier momento puedes decidir que ya no quieres trabajar aquí y marcharte, Tabitha".

Ella sabía que podía, en teoría, pero en realidad no tenía ningún deseo de hacerlo. Ella quería probar esto y ver lo que era, porque en cierto modo la hacía sentir más curiosidad por este hombre hermoso y misterioso. Tabitha se quitó la camisa y la falda, las dejó ordenadamente en el suelo y se quedó delante de él sin sujetador y con un par de bragas blancas que había comprado apresuradamente en Walmart antes de su primer día.

Asintió con la cabeza. "Tienes una figura preciosa, Tabitha", la elogió.

Ella estaba radiante.

"Ahora, por favor, quítate las bragas y tumbate en el cambiador. Te inspeccionaré y luego te pondré un pañal, si te parece bien".

Tabitha dudó un segundo. Su coño se sentía inconfundiblemente húmedo, una sensación y un sentimiento que no había esperado sentir en esta situación en particular. Su cuerpo estaba excitado y su mente también, aunque no sabía por qué.

Tal vez porque Jonathan era muy guapo, o porque le estaba prestando toda su atención y cuidando de ella. Tabitha no sabía qué era lo que provocaba esas sensaciones en sus partes bajas, pero no se molestó en cuestionárselas. Se bajó las bragas por los muslos y se las quitó.

Subirse al cambiador fue un poco más difícil de lo que esperaba. Tuvo que levantarse de un salto, como si fuera la camilla de un médico, pero una vez sentada se sintió bien. Tabitha se colocó en una posición cómoda que favoreció los extraños deseos de Jonathan de mirar su coño lampiño y examinarlo.

"¿Puedo preguntar por qué pide esto a sus empleados?" Preguntó, tratando de hacer chachara ociosa mientras miraba al techo y le permitía explorar.

Jonathan empezó a coger talco para bebés y un pañal que pensó que podría sentarle bien a su nueva empleada. "Bueno", sonrió, "a todos los efectos, es una manía mía. Me gusta ver a las mujeres extendidas ante mí, indefensas y expuestas. Me gusta que lleven pañales y que me necesiten, que dependan de mí. Me gusta azotar a las mujeres y escuchar sus gemidos. Y me gusta la parte médica, porque el cuerpo humano es fascinante".

Todo eso sonaba perfectamente normal. Tabitha se movió un poco cuando sintió que le aplicaban el polvo por todo el coño y las nalgas. Luego sintió la mano de Jonathan en la cadera y le pidió que levantara el trasero para ponerle el pañal.

Era tan cómodo y suave como se anunciaba. Tabitha miró hacia abajo y vio cómo Jonathan le ponía el pañal. Se aseguró de que estaba cómoda y bien, y luego le pidió que caminara por la habitación durante un minuto o dos para que se acostumbrara a la sensación.

Tabitha se vio en un espejo a medio camino de la habitación. Estaba de pie, sin sujetador y con un pañal de princesa que la hacía parecer un bebé de gran tamaño. Sus mejillas se sonrojaron, pero no estaba segura de si era vergüenza, excitación o ambas cosas.

"Volverás a ponerte la falda y la camisa, esto es un establecimiento comercial", sonrió Jonathan. "Más tarde, probablemente después de comer, volveremos aquí y experimentaremos con tus primeros azotes, si te parece bien".

Se le hizo un nudo en la garganta, pero se lo tragó. Esa era la parte que más la emocionaba. "Sí, está perfectamente bien, señor", aceptó.

"Probablemente recibas tu primer enema la semana que viene, así que no tienes que preocuparte por eso ahora. Será una experiencia interesante y probablemente nueva para ti".

Eso era cierto. A Tabitha nunca le habían metido algo por el culo para llenarla de agua.

"No dudes en venir a pedirme un cambio cuando lo necesites", la tranquilizó. "Hasta entonces, Samantha y tú podéis repasar el proceso de esbozo. Ella es otra de las escritoras de esquemas. Ella te ayudará. Si tienes alguna duda, estoy al final del pasillo".

Rápidamente le explicó que si no se sentía bien o realmente necesitaba ir al baño por algo sucio, era más que bienvenida a ir al baño real. "Esto es para disfrutar, no para estar completamente incómoda. Mientras que un poco de incomodidad juega en mis deseos, verte miserable no es lo que quiero".

Tabitha estaba contenta con esa respuesta. Dejó que la condujera a la puerta, pero chocó con

él cuando se detuvo antes de abrirla.

Jonathan se inclinó y depositó un suave beso en la parte superior de la cabeza de Tabitha. "Espero que disfrutes de tu estancia aquí. El pañal también te ayudará con cualquier situación pegajosa que puedas encontrar mientras esbozas algunas de tus obras provocativas para los escritores." Le guiñó un ojo.

CAPÍTULO 17



Las dos primeras horas de Tabitha con el pañal fueron pan comido. De hecho, casi se olvidó de que lo llevaba. Samantha le dio algunos consejos sobre por dónde empezar y cómo hacer su trabajo. Era bastante fácil.

El exorbitante salario que les pagaban no se debía a la complejidad del trabajo, sino a las reglas que lo acompañaban. Tabitha llevaba puesto su ajustado pañal de princesita y sintió un profundo impulso de arrancárselo, salir corriendo del edificio gritando y no volver la vista atrás. Si sus amigos supieran lo que le había pasado mientras trabajaba en la editorial March, si alguna vez llegaran a pensar que estaba experimentando la mitad de las cosas que había vivido hasta ahora, se reirían de ella y se burlarían.

Pero lo único que Tabitha podía ver era la deuda de sus préstamos de estudios acumulándose, lista para acabar con ella cuando llegara su primer cheque, y luego el siguiente, y el de después. Mientras ellos empezaban sus carreras de posgrado o seguían estudiando, ella pagaba sus préstamos cheque tras cheque.

Llegó el almuerzo y Tabitha sintió la necesidad de ir al baño. Se removió incómoda durante unos minutos y observó que las demás chicas cuchicheaban detrás de las manos. Las había visto entrar y salir, visitar a Jonathan cuando lo necesitaban y no decir ni una palabra. Sin embargo, se sentía extraña en cuanto a sus propias necesidades.

El carraspeo de alguien la sacó de sus pensamientos. Tabitha levantó la vista y encontró a Jonathan mirándola fijamente, con una suave sonrisa en los labios.

"Tabitha, ¿podemos reunirnos?"

Se le revolvió el estómago y asintió. Dejó el portátil a un lado y echó un vistazo a las otras chicas. Se preguntó si ya les habrían dado su azote diario. No habían dicho nada ni habían indicado que les doliera el trasero. Eso hizo que Tabitha se sintiera mejor.

Salió al pasillo y cruzó la puerta abierta de la habitación infantil. Jonathan estaba apoyado contra la pared. "¿Quería verme, señor?"

"Así es. Parece que es hora de tus azotes, pero también tenía curiosidad por saber por qué no me habías pedido un cambio de pañal".

Su vejiga se apretó en respuesta, instándola a usar el pañal que llevaba puesto. Tabitha decidió ser sincera con Jonathan; supuso que él lo apreciaría. "Aún no he usado el pañal, señor. Lo necesito", admitió, "pero mi cerebro me impide hacerlo".

En realidad, su vejiga deseaba desesperadamente liberarse, pero incluso cuando se había dicho a sí misma un poco antes que estaba bien ensuciar el pañal, no había sido capaz de hacerlo.

Jonathan asintió y la condujo hacia el sofá. "Bueno, veremos si tal vez las ganas te vencen después de los azotes. Recuerda que tendrás que acostumbrarte a esto si quieres trabajar aquí".

Cogió a Tabitha de la mano y le indicó que se quitara la falda. "Me gustaría darte unos azotes en el trasero desnudo, si te parece bien. Así que tendrás que quitarte también el pañal".

Sintió un calor intenso, sus mejillas se sonrojaron con una aguda mezcla de deseo y vergüenza. Tabitha se echó la mano a la espalda y se desabrochó la falda, dejándola caer al suelo. El pañal había hecho que la falda se abultara y pareciera antinatural y decidió que buscaría otra ropa que pudiera ocultar mejor la prenda ofensiva, por si alguien entraba en la editorial March.

Jonathan la ayudó a quitarse el pañal. Lo desató y luego la ayudó a apoyarse en el brazo del sofá.

La parte superior del cuerpo de Tabitha se extendió por el sofá. Se sentía muy incómoda. Se quedó mirando la pared e intentó acomodarse sin éxito.

"Si tienes problemas, los azotes disciplinarios suelen hacerte llorar. Pero intento ver cómo respondes a ciertos instrumentos. Me gusta probar su flexibilidad, su aguijón, su resistencia a lo largo del tiempo y mucho más. Estoy segura de que Samantha te explicará cómo escribirme tu informe de seguimiento".

Sí, se había olvidado de esa parte. Se trataba de escribir algo relacionado con sus propias experiencias y no con las que soñaba para otras personas. Tabitha asintió, aunque Jonathan ni siquiera le había hecho una pregunta.

"Si en algún momento te sientes fuera de tu zona de confort o sientes demasiado dolor, sólo tienes que decirme que pare. Suelen durar cinco o diez minutos, más o menos, mientras averiguo cuánto puedes aguantar".

Tabitha se preguntó si él se había dado cuenta de la humedad que se había formado entre sus piernas. Sintió que su mano le acariciaba el trasero desnudo y se le puso la carne de gallina bajo los dedos.

Jonathan se alegró de ver que su nueva protegida se alegraba de las circunstancias en las que se encontraba. No se encontraba a menudo con mujeres como ella. Incluso los azotes no relacionados con el trabajo a veces le mostraban mujeres que no encontraban la perversión tan atractiva como él. Se sometían sólo para complacerlo, mientras que Tabitha parecía someterse porque estaba excitada.

Levantó la mano y la bajó bruscamente sobre el trasero de Tabitha. Ella dio un pequeño grito ahogado y se sobresaltó. Su trasero, de un hermoso color alabastro, se sonrosó bajo la zona que él había cubierto. Jonathan sonrió, complacido.

Un segundo azote en la otra nalga provocó la misma reacción. Tabitha no chilló tanto, pero parecía alterada. Después de eso, empezó a darle azotes en el trasero, alternando entre una mejilla y la otra.

Para Tabitha era una sensación extraña. Sus caderas rechinaban contra el brazo del sofá mientras su trasero recibía los azotes con facilidad. Emanaba calor de sus nalgas y de entre sus muslos, que de repente ansiaban que algo más grueso y fuerte se introdujera entre ellos.

"Te lo estás tomando muy bien", la elogió Jonathan. "Me sorprende que hayas aguantado tanto".

Aunque la habían azotado un par de veces de niña, sabía que tenía una gran tolerancia al dolor. Su mano era deliciosa, la carne contra la carne le producía sensaciones internas que no podía explicar. La única preocupación de Tabitha era la incomodidad de estar tumbada en el sofá.

Cuando Jonathan llegó a lo que consideraba la última docena de azotes, le dijo que iba a aumentar la intensidad. Quería ver qué pasaba.

Tabitha sintió una mayor preocupación, pero sólo por un segundo. Cuando la mano del

hombre bajó con más fuerza y nitidez que antes, la sintió más dentro de ella. El pinchazo sólo estimuló una parte oscura y sensual que quería más.

Jonathan la ayudó a levantarse del mismo modo que la ayudó a cruzar el sofá. Le preguntó cómo se sentía e incluso le frotó las nalgas. La mirada crítica de su rostro le dio una cálida sensación en el corazón. Realmente se preocupaba por la ternura de su trasero. No estaba aquí sólo para castigarla, sino para proporcionarle una experiencia agradable.

"Creo que estoy bien. Fue... diferente. Creo que me ha gustado", admitió con una tímida sonrisa. "Al principio no pensé que me gustaría, pero me gustó. Fue único".

Esto le agradó. "Qué bien. Samantha te ayudará a redactar el informe. No te dejes nada, por favor".

La ayudó a ponerse de nuevo el pañal y ella sintió inmediatamente la presión de la vejiga, un recordatorio de que aún tenía que vaciarla. Jonathan le permitió volver al despacho abierto y le recordó que fuera a buscarle cuando necesitara cambiarse. "Por favor, intenta usar el pañal. Es una parte muy importante de este proceso".

Aunque no estaba segura de cuál era exactamente el proceso para ella. Tabitha se limitó a asentir con la cabeza y volvió al despacho.

CAPÍTULO 18



Sentada en su silla, Tabitha miraba despreocupadamente a las otras chicas por debajo de las pestañas. Mantenía los ojos fijos en la pantalla, pero intentaba estudiarlas sin alertarlas.

¿Cómo se habían acostumbrado tan fácilmente a mojarse? Le dolía la vejiga y, por alguna razón, era incapaz de liberarla. Tabitha quería preguntar, pero tampoco quería que la vieran orinar ni que supieran que eso era lo que estaba haciendo.

En lugar de eso, decidió cerrar los ojos y concentrarse en dejar que el agua rugiera entre sus piernas, mojando el pañal en su plenitud. Tabitha soltó el control de su vejiga y durante un segundo no ocurrió nada. Estaba a punto de rendirse cuando sintió el repentino impulso de explotar.

Comenzó un torrente de humedad y llenó el pañal. Mantuvo los ojos cerrados y la cabeza gacha mientras el calor se extendía y la rodeaba. Tabitha se mordió el labio, inquieta y curiosa por saber si los demás sabían lo que estaba haciendo. Seguramente lo sabrían cuando se levantara para pedirle a Jonathan que la cambiara.

Así que permaneció sentada durante varios minutos con el pañal mojado y pensando qué hacer a continuación. No debería ser embarazoso, dado que todas las chicas lo hacían, pero Tabitha se sentía como una niña que se ha portado mal.

Dejó a un lado el portátil y mantuvo la cabeza gacha mientras se levantaba de la silla y se dirigía al despacho de Jonathan. Su puerta estaba parcialmente entreabierta y él tecleaba en su propio ordenador cuando ella llamó ligeramente.

"Tabitha", saludó él, "¿en qué puedo ayudarte?".

"Yo...", tartamudeó ella, "creo que... bueno, necesito que... me cambien". Sus mejillas se sonrojaron y miró al suelo. Qué vergüenza.

Jonathan saltó de la silla, excitado ante la perspectiva. Rodeó el escritorio y la agarró del brazo. "¡Me alegro tanto de que por fin hayas podido usar el pañal!".

Ella, sin embargo, no. La sensación de aplastamiento era abrumadora. A cada paso era como si escurriera el pañal y Tabitha se preguntaba a cada segundo si gotearía sobre la alfombra.

Su vejiga había estado tan llena que había llenado la cosa en serio. Ahora estaba aterrorizada porque Jonathan lo vería.

La llevó a la habitación del bebé y le pidió que se tumbara en el cambiador. Le cogió la falda, se la quitó y cogió toallitas húmedas, talco para bebés y un pañal nuevo.

"Espero que no te dé vergüenza, Tabitha. Es algo natural en la vida de un bebé".

Pero ella no era un bebé, todavía no. Su cuidado le producía sentimientos que no podía explicar. Tabitha se sintió transportada a una época más sencilla, cuando era una niña y no tenía

preocupaciones. Quería acurrucarse en los brazos de Jonathan y dejar que le leyera un cuento.

Inmediatamente salió de su ensueño y sacudió la cabeza. No debía sentirse así. No era normal.

Jonathan le desató el pañal y se lo quitó. No hizo ningún comentario sobre su tamaño, sino que se limitó a tirarlo a la papelera que había junto al cambiador. La limpió con delicadeza, disculpándose por la frialdad de las toallitas.

Tabitha se alegró de que por una vez su coño mojado estuviera camuflado. No podía decir si eran las toallitas o la pegajosidad de su excitación lo que había entre ellas; se limitó a limpiar ambas cosas con sus hábiles manos.

Aplicando más talco para bebés y otro pañal, Jonathan ayudó alegremente a Tabitha a ponerse en pie. Por un momento pareció inestable cuando se agarró la falda y empezó a subírsela. Pero ya estaba seca, lo cual era reconfortante.

"¿Por qué usas talco para bebés?" se atrevió a preguntar.

Jonathan sonrió. "¿Cuánto tiempo has tardado en decidirte a venir a pedirme un cambio?"

Tabitha se quedó pensativa. Había pasado unos minutos discutiendo las ventajas de esperar hasta el final del día cuando él le permitiera volver a ponerse sus bragas blancas, pero había decidido no hacerlo. "Tal vez diez minutos", Tabitha se encogió de hombros. "No esperé demasiado".

"Algunas de las señoras están sumidas en sus pensamientos cuando se orinan. Quieren terminar su trabajo antes de perder el hilo. A veces pasan más de diez minutos antes de venir a buscarme. No quiero que se produzca dermatitis del pañal, así que esto absorbe parte de la humedad".

Sonaba lógico. "Es muy considerado de tu parte".

Jonathan cogió la mano de Tabitha y le dio un beso. "Quiero que disfrutes trabajando aquí y para mí. Me encantan mis empleados. Hacéis un gran trabajo para mi negocio y para mis necesidades personales. Lo mejor que puedo hacer en respuesta es darlo todo por vuestras propias necesidades".

Ella pensó en esto mientras él la llevaba de vuelta al pasillo. "También quiero darte las gracias por haber sido capaz de pasar por esta experiencia en particular sin inmutarte. Eres una mujer interesante, Tabitha Hemingway".

"Y tú eres un hombre interesante, Jonathan March".

Ella se dio la vuelta para volver a la oficina, pero no antes de que él la detuviera. "No creas que no me he dado cuenta de que te has mojado antes. Sé que algo de lo que hago te excita".

A Tabitha le ardían las mejillas. Pensó en darse la vuelta y negar sus afirmaciones, pero no lo hizo.

"Tengo muchas esperanzas puestas en nosotros, Tabitha. Quizá esto se convierta en algo más que una relación casual entre empleado y empleador".

Cuando oyó sus pasos, empezó a alejarse. El corazón le latía con fuerza mientras volvía a su silla. No miró a sus compañeros, aunque estaba segura de que todos sabían lo que había pasado. Tabitha se limitó a coger su portátil y seguir trabajando.

March Publishing era un entorno de trabajo extraño, eso era cierto, pero estaba segura de que podría hacerlo funcionar. A Tabitha Jonathan le parecía un hombre mayor muy sexy, con un apetito sexual que no entendía, pero que sin duda podía satisfacer.

Su corazón palpitaba mientras seguía esbozando la idea del libro que había tenido. Se trataba de una mujer a la que le gustaba llevar pañales... que lo hacía para su jefe... a la que le gustaban los azotes ocasionales y las niñas mojadas...